

Explicar, comprender y discernir la JMJ

El pasado mes de agosto de 2011, la convocatoria de la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) en Madrid ha movilizado a más de un millón de jóvenes católicos en torno a la figura de Benedicto XVI. Sin duda, se trata de un acontecimiento cristiano de gran relevancia eclesial, pero además constituye un evento de significación social y cultural. Desde el agradecimiento por todo lo vivido en estos días y el deseo de recoger sus frutos, las siguientes páginas ofrecen algunas pautas de análisis, con el objetivo de explicar, comprender y discernir la JMJ.

Explicar la JMJ

Comenzamos combinando tres perspectivas de las ciencias sociales (sociología, cultura, economía) que ayudarán a aclarar algunas de las cuestiones que más espacio han ocupado en la prensa generalista y en las conversaciones a pie de calle.

Una sociología «glocal»

Las personas oficialmente inscritas para participar en la JMJ han sido casi medio millón, provenientes de 193 países de los cinco continentes.

A estos números hay que añadir las innumerables personas que se han sumado a las diversas actividades organizadas, de manera particular los actos centrales, en los que la asistencia ha podido superar el millón y medio de personas. La capacidad de convocatoria de la JMJ es, en lo cuantitativo, similar o superior a la de los más grandes acontecimientos musicales o deportivos del momento.

Pero, en el plano cualitativo, la JMJ genera una realidad que ningún otro evento parece capaz de lograr: unir en el mismo espacio físico y en el mismo momento a personas de procedencias tan diversas, claramente unificadas alrededor de un núcleo común y al mismo tiempo haciendo visibles sus diferencias. Resulta impresionante ver la cantidad y variedad de banderas distintas unidas en comunión, con la misma cruz sobre el pecho. Nada semejante se puede ver en otros eventos: sólo las Olimpiadas son capaces de congregarse tanta diversidad de banderas, pero lo hacen desde una óptica competitiva, mientras que aquí es central la cooperación. Lo local queda incorporado armónicamente en la dinámica de lo global: la JMJ es, pues, una auténtica experiencia «glocal».

Una cultura viva

La JMJ constituye un acontecimiento cultural de dimensiones nada desdeñables. En esos días, la ciudad de Madrid ha visto incrementada su oferta cultural con casi 40 exposiciones de pintura, fotografía, escultura, vídeo o diseño gráfico; más de 20 películas de cine y tres festivales de cortometrajes; casi 800 catequesis de obispos a las que hay que sumar otras 20 conferencias de temas variados; unos 90 conciertos y eventos musicales de diversos estilos y formatos; casi 80 actuaciones de distintas artes escénicas: teatro, mímica, musicales, danza, ópera-rock; y casi 300 actos litúrgico-religiosos, que incluyen oraciones de los más variados estilos, talleres, testimonios, vigiliyas, festivales y otras actividades.

La fe crea cultura. Los espléndidos cuadros en el museo del Prado, la representación de un auto sacramental de Calderón de la Barca, la exposición de las reducciones jesuitas del Paraguay o la imagería de la Semana Santa española son sólo algunos ejemplos que muestran la asombrosa creatividad de la fe cristiana en la historia pasada. Pero la JMJ no sólo muestra una fe hecha cultura, sino además una fe que hace cultura. Las danzas que expresan la multiculturalidad guatemalteca o india, las oraciones de la comunidad ecuménica de Taizé, la realidad de los cristianos perseguidos en el mundo o la feria de las vocaciones en el

parque del Retiro nos hablan también del dinamismo creativo en el presente.

Más aún, la misma experiencia de la JMJ contiene en sí un importante carácter de creación cultural, sobre todo si entendemos la cultura no como acumulación de conocimientos o piezas de museo, sino como el entramado relacional que es capaz de generar nueva realidad humana. Los encuentros, las conversaciones o las celebraciones de cientos de miles de jóvenes de todo el mundo, interaccionando libre y directamente en las calles y plazas, constituyen en sí mismos un evento cultural.

Una economía mixta

Se estima que el gasto total de la JMJ ha ascendido a unos 50 millones de euros. En torno a esta cuestión han corrido ríos de tinta, se han convocado manifestaciones de protesta y se ha suscitado una polémica que no siempre se ha mantenido en el ámbito de la racionalidad deliberativa. Ciertamente, se trata de mucho dinero y, especialmente en estos tiempos de crisis, hay que considerar cuidadosamente su sentido. Hay al menos dos elementos dignos de consideración: el gasto en sí mismo y las fuentes de financiación.

Aunque estamos ante una suma elevada, es claro que las cosas cuestan dinero: dar alojamiento y comida a medio millón de personas (semejante a todos los habitantes de la ciudad de Málaga) no es algo que caiga del cielo sin más. Lo cierto es que los peregrinos han vivido en sobrias condiciones de austeridad. Por otro lado, la JMJ ha sido una fuente de puestos de trabajo y una inversión que los comerciantes y la propia ciudad de Madrid ya han visto reintegrada con creces: las primeras estimaciones hablan de unos 200 millones de euros en ingresos en restauración, hostelería, transportes y comercio, y unos 10.000 empleos directos e indirectos generados por las actividades de la JMJ.

Podemos indicar cuatro fuentes de financiación en la JMJ, aunque no todas ellas signifiquen dinero corriente. En primer lugar, las aportaciones de los propios peregrinos y participantes, que han supuesto el 70% del gasto total. Segundo, los patrocinios empresariales han aportado el 30% restante, al amparo en los habituales programas gubernamentales de desgravación fiscal para eventos culturales o deportivos. Tercero, los fondos públicos, destinados sobre todo a seguridad, orden público, asistencia sanitaria e infraestructuras (como cualquier evento público), pero también con la cesión de colegios, polideportivos y otras

instalaciones: este capítulo no ha supuesto desembolso real de fondos públicos, sino prestación de servicios o cesión de instalaciones. La cuarta fuente ha pasado más desapercibida, pero nos parece muy importante: se trata de la fuente de las donaciones, tanto en forma de voluntariado (unas 30.000 personas) como en forma de alojamiento en familias (unos 15.000 peregrinos alojados en 4.750 familias), colegios y parroquias. De algún modo, por tanto, la JMJ ha puesto en práctica un modelo de economía mixta: privada individual (los participantes), privada corporativa (las empresas), pública (el Estado) y social (la economía del don o de la gratuidad o de la comunión, a través de las comunidades cristianas). No es una mala contribución en estos tiempos que corren.

Comprender la JMJ

Una gramática generativa

Podemos aplicar a la JMJ la gramática de la lengua castellana en su nivel más básico: sujeto, verbo y predicado. La Jornada ha mostrado un *sujeto* eclesial vivo, animoso, plural y creativo. De distintos modos, con estilos variados y grados de vinculación desiguales, todo el Pueblo de Dios se ha visto involucrado y con oportunidad de participar activamente. La JMJ ha sido una auténtica fiesta de la fe, que se ha expresado en *verbos* sencillos y profundos como peregrinar, cantar, orar, esperar, buscar, encontrar, amar, escuchar, dialogar, reír, experimentar, comprometerse, construir, servir, luchar, argumentar, proponer... es decir, vivir en cristiano. En cuanto al *predicado*, lo central puede concentrarse en el lema de la Jornada: «Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe» (Col 2, 7). A lo largo de sus diversas intervenciones, Benedicto XVI ha subrayado la importancia de cimentar la vida sobre la experiencia del encuentro personal con Jesucristo y de mantenerse firmes en las opciones tomadas, aunque el ambiente no sea favorable. Ya desde el primer día en la plaza de Cibeles afirmó que, «arraigados en Cristo, damos alas a nuestra libertad. ¿No es este el gran motivo de nuestra alegría? ¿No es este un suelo firme para edificar la civilización del amor y de la vida, capaz de humanizar a todo hombre?».

Además de este nivel gramatical, podemos preguntarnos por los efectos pragmáticos de la JMJ. Actos como consagrar o enviar tienen una evidente fuerza ilocutiva, mientras que el efecto perlocutivo es manifiesto al comulgar o cargar públicamente una cruz. En tecnicismo lingüístico,

Explicar, comprender y discernir la JMJ

se trata de los elementos ilocutivo y perlocutivo de los actos del habla. Es decir, que hay un nivel auténticamente transformador que tiene lugar en el silencio de cada persona y en la expresión pública de su fe. Además, la JMJ habrá tenido un efecto positivo en la medida en que el mensaje locutivo de Benedicto XVI se haya convertido para los jóvenes en experiencia transformadora; es decir, en la medida en que no se quede en mera gramática normativa o descriptiva, sino que se haga también gramática generadora de nuevos compromisos para la vida del mundo.

Una eclesiología de comunión

La JMJ ha mostrado visiblemente la riqueza y pluralidad de la Iglesia: distintas edades, culturas, sensibilidades, estilos y estructuras han expresado su diversidad y su unidad en el seno de una eclesiología de comunión. Aunque algunas voces, sobre todo de fuera de la Iglesia, parecen interesadas en subrayar el carácter monolítico o unilateral de la fe católica, la explosión de vitalidad de la JMJ muestra que esa visión no se corresponde con la realidad.

Por otro lado, la Jornada Mundial de la Juventud revela el empeño eclesial por transmitir la fe a las jóvenes generaciones y avanzar con ellas hacia la plena responsabilidad de los bautizados y confirmados en la Iglesia. La cuestión de si se trata de un evento «para» los jóvenes más que «con» ellos o «por» ellos nos parece desenfocada: sólo se puede apostar por un sujeto eclesial adulto y activo, tal como pide la eclesiología del concilio Vaticano II, si se genera experiencia y compromiso creyente en los jóvenes. A esto responde la JMJ.

En tercer lugar, es digno de reseñar el papel del Obispo de Roma como signo de comunión y de unidad y, concretamente, el genuino intento de Benedicto XVI de conectar con los jóvenes con un estilo más cercano a la propia sensibilidad juvenil. A pesar de algunas expresiones llamativas —no siempre bien enfocadas pero a veces interesadamente amplificadas— lo cierto es que la inmensa mayoría de lo vivido durante la JMJ está entroncado, vinculado y orientado al Señor Jesús y no a la figura del papa. El estilo de Benedicto XVI también ha ayudado a contener y reconducir adecuadamente esta cuestión.

Una pastoral renovada

Es evidente que las JMJ jugaron un papel central en la apuesta de Juan Pablo II por la nueva evangelización que, con matices y subrayados propios,

Benedicto XVI ha mantenido. La experiencia acumulada de estos veinticinco años muestran que las JMJ suponen un impacto real y transformador en la vida de los jóvenes participantes, con abundantes frutos espirituales y apostólicos. Esta pastoral de masas, combinada con otros elementos previos y posteriores, ha dado sus resultados y ha mostrado que logra sintonizar con la sensibilidad de la juventud. Ahora bien, estas multitudes pueden dar una impresión engañosa: reunir en una jornada a muchas minorías, muy convencidas y venidas de diversos lugares, puede dar la impresión de que se trata de una mayoría, lo cual no es del todo exacto.

Junto a esto, suelen indicarse otros dos reparos respecto a este tipo de eventos masivos: la dificultad de dar continuidad a la experiencia vivida y la ausencia de personalización en el proceso. De nuevo, la realidad ofrece datos para acallar tales críticas. En la misma JMJ se han generado espacios para el encuentro grupal y para la profundización personal: las catequesis de las mañanas, la Fiesta del Perdón en el parque del Retiro, el sobrecogedor *Via Crucis* en el paseo de la Castellana o la adoración silenciosa en Cuatro Vientos han sido, quizá, las más llamativas. En cuanto a la continuidad tras la Jornada, ésta puede y debe encauzarse a través de las parroquias y los movimientos eclesiales que, sin duda, ofrecen una abundante y plural gama de posibilidades, como se ha mostrado en estos días. La JMJ ha supuesto un importante aldabonazo; el reto, ahora, consiste en aprovechar el envite para renovar con creatividad e impulsar con constancia el trabajo pastoral con jóvenes.

Discernir la JMJ

En este último apartado queremos dar un paso de mayor profundización en el análisis. Nos apoyamos para ello en algunas de las reglas que san Ignacio de Loyola, uno de los patronos de la JMJ, ofrece en su libro de los *Ejercicios Espirituales*. Y lo articulamos en cuatro puntos, para desgranar así cuatro vientos del Espíritu.

Primer viento: la alegría

Uno de los rasgos más llamativos de la JMJ ha sido la alegría. Durante toda la semana, los jóvenes han llenado la ciudad de Madrid ante el mundo entero con la fuerza de su entusiasmo, de sus cantos, de su alegría... en medio del calor, el cansancio, la incomodidad y las dificultades. Dice san Ignacio que es propio del buen espíritu «dar verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación» (EE 329). Pues bien, es

Explicar, comprender y discernir la JMJ

indudable que la JMJ ha sido una explosión visible y vigorosa de verdadera alegría cristiana, no sólo experimentada por los jóvenes participantes, sino también por cualquier observador que no se deje llevar por las «razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias» que, según san Ignacio, no vienen de Dios. Es muy conocida la frase de Nietzsche, «Mirad a los cristianos. Siguen a un resucitado, pero sus caras son de muertos. ¿Cómo voy a creer a estos cristianos que, siguiendo a un salvador, no tienen cara de redimidos?», pero quizá el filósofo alemán hubiera cambiado su impresión al ver los rostros de los jóvenes participantes en la JMJ.

Segundo viento: principio, medio y fin

Ahora bien, la alegría por sí misma no resuelve la cuestión del discernimiento, ya que la consolación puede ser falsa o auténtica. Para reconocer una u otra conviene «mucho advertir el discurso de los pensamientos; y si el principio, medio y fin es todo bueno» entonces estamos ante la acción del buen espíritu (EE 333). Si no es así, puede haber algún engaño quizá sutil. Podemos considerar que el *principio* de la JMJ es el objetivo que pone en marcha todo el proceso, tal como lo expresó Benedicto XVI en su mensaje del 6 de agosto de 2010: «Quisiera que todos los jóvenes, tanto los que comparten nuestra fe como los que vacilan, dudan o no creen, puedan vivir esta experiencia que puede ser decisiva para la vida: la experiencia del Señor Jesús resucitado y vivo y de su amor por cada uno de nosotros». El discernimiento pide considerar si los *medios* generados en torno a la JMJ han estado marcados por este planteamiento evangélico y evangelizador o si, en algún caso, se ha podido deslizar algo de notoriedad pública, exhibición de 'fuerza eclesial' o alianza con los poderes económicos. Por ello, en tercer lugar, debemos ser cuidadosos a la hora de extraer consecuencias y mirar el *fin* del proceso. Mientras que el mero éxito humano suscita comparación, orgullo personal o institucional y, en definitiva, división, la alegría del Resucitado siempre genera comunión, solidaridad, relaciones inclusivas y fecundidad apostólica.

Tercer viento: el estilo del proceso

Otra nota básica para el discernimiento se refiere al tono, el talante o el ritmo del proceso generado. Dice san Ignacio que el buen espíritu actúa «dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja» (EE 335). Si lo que provoca es ruido, inquietud o estrépito, «como cuando la gota de agua cae sobre piedra», entonces ahí no está actuando el Espíritu del Señor. Hay al menos dos elementos de la JMJ que merecen

ser analizados desde esta perspectiva. Primero, la cuestión expresiva y el estilo de presencia pública. En un evento tan masivo, por supuesto, hay espacio para multitud de carismas y planteamientos: el discernimiento nos hace sospechar de lo que resulta histriónico o excesivo. En segundo lugar, el coste económico y el estilo celebrativo de la JMJ han podido generar malestar e inquietud en muchos creyentes, que hubieran deseado un estilo que visibilizase con más claridad la cercanía eclesial con los predilectos del Cristo pobre y humilde. Pero, en conjunto, el poso que queda tras la JMJ es la convicción de que el Espíritu ha empapado y esponjado a su Iglesia. Como pidió el propio Benedicto XVI durante el *Via Crucis*: «Queridos jóvenes, que el amor de Cristo por nosotros aumente vuestra alegría y os aliente a estar cerca de los menos favorecidos».

Cuarto viento: avanzar a partir de aquí

Un último criterio de discernimiento ignaciano nos lleva a distinguir el tiempo de la consolación del tiempo posterior a la misma. Porque, aunque la alegría sea auténtica, puede ser que la persona que recibe tal consolación construya a partir de ahí, con sus propios pensamientos y conceptos, nuevos propósitos y decisiones que ya no vienen de Dios (EE 336). Pudiera ser que ciertas voces quisieran extraer consecuencias triunfalistas de la JMJ, apostando por la notoriedad externa, centrándose en lo cuantitativo o buscando el éxito con criterios mundanos. Evidentemente, nada de ello pretende la JMJ. Sin duda, las posibilidades que se abren ante nosotros son inmensas y apasionantes, siempre en la línea de anunciar el evangelio con frescura y autenticidad. En palabras de Benedicto XVI durante la eucaristía final de la JMJ, «no se puede encontrar a Cristo y no darlo a conocer a los demás. Por tanto, no os guardéis a Cristo para vosotros mismos. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe».

Desde la alegría y la gratitud por tanto don recibido en estos días, todos los creyentes estamos invitados y comprometidos a renovar el compromiso evangelizador en la Iglesia, al servicio de nuestro mundo. Tras explicar, comprender y discernir la JMJ, ahora nos toca hacerla fructificar o, quizá mejor, dejar que fructifique. ■